

## 9. Antxon

¿Cómo un pescador puede llegar a ser un tirador de élite? Incomprensible. No era ni tan siquiera arponero, fue un cúmulo de casualidades que el marino descubriera esa faceta. Su carácter se prestaba a ello, era bueno en la distancia larga pero pésimo en la corta, como si ese rasgo de su personalidad pudiera influir en su puntería.

Cuando los rebeldes se alzaron en San Sebastián y tomaron algunos edificios, entre ellos el hotel María Cristina, Antxon estaba con los republicanos que pretendían recuperar las posiciones, pero de manera muy poco marcial. Había llegado de Pasajes con otros compañeros de la UGT con muy pocas armas, sin formación y vestido como si fuera a pescar anchoa: de azul mahón y con boina calada. Su primera función era de dudosa heroicidad: acarrear unas cajas de madera medio llenas de munición.

Su inexperiencia, que no valentía, pudo costarle la vida al acercarse a los tiradores de primera línea con su valiosa mercadería. La rápida intervención del cabo le salvó la vida al empujarlo y tirarlo al suelo al tiempo que un silbido anunciaba la bala destinada a él. Sin embargo, el proyectil rozó el hombro derecho de su salvador.

—¡Hijo de puta, cabrón, te voy a matar a hostias!  
—gritaba rabioso mientras se llevaba la mano izquierda a su hombro dolorido.

Antxon, tumbado en el suelo con sus proyectiles desparramados, lo miraba lívido, atemorizado, no tanto por el peligro que había corrido —que no lo sabía— como por el temor a las amenazas del recio militar. El individuo, Paco *el chusquero*, como luego supo que le llamaban, lo habría asesinado si hubiera podido. Antxon intentó ayudarlo pero éste lo rechazó; no sabiendo qué hacer ni decir, le hizo un gesto a su superior pidiéndole permiso para usar su fusil, toda una joya por su escasez.

—Tira, hombre, tira. Pero no a mí. —No parecía que le doliera ya tanto, aunque con el hombro tocado era difícil apoyar la culata—. Y, *cuidao*, ya sabes tú bien lo que cuesta una bala, así que te fusilo si pegas en la fachada, ¡maricón! —añadió para que no hubiera dudas de su cabreo.

El aprendiz de soldado solo había disparado en las ferias, a los palillos y pelotas de las barracas, con escopetas de perdigones y mira torcida, pero supo colocarse bien la culata en el hombro, apoyar el codo izquierdo en el saco terrero, contener la respiración y tirar. Un sonido metálico se escuchó a pesar del silbido de los balazos. Sonó a casco atravesado.

—¡Coño! ¡Joder con el pescadito éste! —dijo entusiasmado el superior herido— Dale, dale, inténtalo otra vez. A ver si suena de nuevo la flauta.

Y sonó tantas veces que dejaron de creer en la casualidad. La escasez de munición favoreció que le dieran a él preferencia para usarla aunque los sitiados descubrieron de dónde salían los mortíferos disparos y centraron el fuego en su figura. Volvieron a repartirse los papeles, pero Antxon ya no era un desconocido y pobre pescador, era el figura del pelotón para asombro de todos, él incluido.

De vuelta a Pasajes ya era el tirador, nadie habría podido imaginarse quién respondería a ese apodo; lógicamente los mandos militares se fijaron en él y le ordenaron que se incorporara a las milicias que se organizaban para la defensa de Guipúzcoa.

Estaba muy confundido, lo suyo no era pegar tiros, lo que le gustaba era la mar, pescar, eso sí que lo haría encantado, pero disparar, qué estupidez. La vanidad le había comprometido. Esa era su principal reflexión, aunque no la única. Deseaba encontrarse con su amigo para contarle y escucharle, repasaba lo que le había sucedido y también esperaba que Mentxu le diera de cenar y, aunque se sentía reventado, tal vez la convenciera para llevarla al pesquero y acurrucarse en sus redes... Sin levantar la cabeza del suelo, sin darse cuenta, ya estaba en casa de los suegros de Krispín.

No fue su amante quien le dio de cenar sino la madre de ella, con mucho mimo y cariño. Le tenía casi tanto aprecio como a su yerno, cómo le hubiera gustado casar a sus hijas con los dos amigos. Mentxu se había ido a la confortable casa de sus tíos en Fuenterrabía, por dejar unos días tranquilos a su hermana y cuñado, y también por alejarse del ruido y del olor a miedo. Maritxu, sibilina, le animó a Antxon.

Los amigos comieron mientras conversaban, pero se sentían apesadumbrados, tristes y vapuleados. No hubo risas y sí silencios después de escupir sus temores. Cenaron inclinados sobre el plato, brazo izquierdo doblado y apoyado en la mesa, con un trozo de pan grande en una mano y en la otra, la cuchara llena de marmitako que llevaban a su boca agachando la cabeza, sin levantar el brazo. Con hambre, pero sin ilusión.

Esa noche Antxon ocupó la cama turca de Mentxu y, aunque muy cansado, no pudo dormir bien, le excitaba el olor de ella, el olor a hembra que impregnaba los pliegues de los cojines. Se despidió temprano de la acogedora familia con una idea fija, sentía la urgencia de estar con su amante.

El éxito que obtuvo en su bautismo de fuego le permitió pedir a su sargento que le enviara al frente del Bidasoa, a parar a las tropas nacionales que venían de Navarra con los temibles requetés. Los otros frentes en Oyarzun, Tolosa y Beasain le hubieran alejado de Fuenterrabía donde estaba su tan deseada amiga. Tenía que presentarse al día siguiente en el Ayuntamiento de Irún donde se incorporaría a las milicias socialistas.

Llegó sin avisar a la casa de los tíos de Mentxu, a media tarde, tímido y excitado pero decidido, intuía que era su momento, no debía perder un gramo de su pasión, quería volcarla toda en esa mujer cuya compañía había aceptado tantas veces con desgana, obligado por su amigo. Ahora la añoraba con tanta fuerza. No había otra mujer ni otra guerra, todo era una explosión de sentimientos encontrados, de abrazos ávidos, de necesidades urgentes, entre tanta desolación, muerte y miedo. Un ápice de vida lo era todo y una noche una eternidad.

Mentxu lo recibió tan efusiva que sus tíos, en un alarde de generosidad y cariño, decidieron dejarlos solos y pasar la noche en casa de unos amigos.

En la mitad de las horas que tiene un día, aprendieron a amar apoyados en la mesa de mármol de la cocina, en el suelo del pasillo frente al espejo del perchero, de rodillas en el diván del salón, en la ventana mirando ella al mar francés, y en la cama, de mil maneras; a lamer los pezones duros, las orejas,

los dedos, los muslos cerca del sexo excitado e hinchado; a abrazar sus sombras y cuerpos, a veces todo y a veces solo una parte de ellos, como sus cabezas; a penetrar primero con temor y suavidad, luego con furia por ambos bandos para caer exhaustos una y otra vez; a susurrar las mayores obscenidades que excitaban a quien lo decía y a quien lo escuchaba, además de confesar deliciosas y tiernas promesas de amor recitadas al oído; a morder los labios, la nariz, los pómulos y el sexo, arrancando los sabores para llevárselos consigo; a besar adaptando sus bocas y sus cuerpos, sintiendo sus lenguas moverse buscando al otro; a callar para escuchar el jadeo, el silencio y los latidos de corazones palpitantes; a acariciar el pelo, los pechos, sus nalgas y sus sexos para volverse a encontrar una y otra vez exhaustos; a apretar hasta casi fundirse, pecho con pecho y pelvis con pelvis; a temblar con el orgasmo hasta erizarse los pelos; a arañar las espaldas y los culos hasta hacer surcos donde perdurasen los recuerdos; a gritar las eyaculaciones y las penetraciones como vítores y temores a perderlas...; tantas veces y con tanta intensidad como varios años de amor. Fueron sus años mozos en una sola noche, su noche.

Al día siguiente, Antxon se incorporó al frente del Bidasoa maduro de amor, en una guerra donde la más cruenta violencia debería convivir con la tierna emoción de los recuerdos.

Anarquistas, socialistas, trotskistas, comunistas, nacionalistas vascos..., luchaban juntos defendiendo a la República que, sin embargo, cada cual cuestionaba de manera distinta. El Alzamiento les había unido para defender el gobierno legal a orillas del río Bidasoa que les separaba de Francia. El empuje del general Mola, apoyado por los requetés navarros

se hacía día a día más insostenible, peleaban cada posición como si fuera la última, en los puentes, dentro de los túneles, detrás de un caserío, debajo de una camioneta, desde una ventana..., cediendo lo imprescindible, hasta que se vieron obligados a abandonar Enderlatza y refugiarse en San Marcial.

El discreto y astuto Antxon pretendió pasar inadvertido y mezclarse con los soldados en las trincheras, cavarlas y parapetarse en ellas, pero los mandos, con milicias tan poco entrenadas, reclamaban al tirador en acciones muy concretas y le rescataron de la tropa para transformarlo en comodín de la compañía.

—Antxon. ¡Cárgate a aquel cabrón de la ametralladora! —le ordenaban, y él, impassible, se colocaba con parsimonia como si hubiera estado en mil batallas y lo ejecutaba.

Valía para todo lo que fuera precisión, lo mismo un oficial cuyo sable brillaba en la posición opuesta, que un tirador franquista bien apostado o la lumbre de un cigarrillo del enemigo, lo suyo era lo concreto. A pesar de sus manazas y esos dedos que justo cabían en el gatillo. El enemigo lo intuyó y aprendió a no exponerse tanto, lo que mermaba su eficacia.

Su capitán logró para él un fusil de mira telescópica, una joya; entonces, cuando apuntaba podía ver la cara de su víctima y en un instante imaginaba su vida, de dónde venía, qué familia y amigos tendría... Antxon no pudo, cómo iba él a matar a ese niño o a aquel señor tan serio. Cerraba los ojos y empezó a fallar, tuvo que volver al clásico Máuser. Un desastre muy criticado.

—Nik zer arraiio egitendet emen!<sup>21</sup> —pensaba.

---

21 ¡Qué diantres hago yo aquí!

Todo lo que tenía de eficaz soldado con la mirilla de su fusil lo perdía en cuanto volvía al grupo. Poco a poco perdía su logrado prestigio como tirador, no por su vanidad, que era poca, sino por su arriesgada apuesta contra cierta violencia. Se opuso reiteradas veces a humillar a mujeres, no participó nunca en la quema de los pueblos que tenían que abandonar, ni se prestó a golpear a quienes se negaron a darles víveres. El clímax llegó cuando, en la retirada, descubrieron que en un caserío escondían a un cura. Con la precipitación de la huida el sargento ordenó el fusilamiento inmediato del casero y del sacerdote a un grupo de soldados entre los que se encontraba Antxon. Éste se negó y hasta hizo ademán de evitar la ejecución.

El mando sacó su pistola amenazando al tirador con ejecutarlo si no cumplía sus órdenes. La oportuna y espontánea intervención de un teniente nacionalista —José Antonio Zubiri—, que en el fondo compartía la inquietud de Antxon contra la barbarie, logró que se salvara aunque no pudo evitar que ejecutaran a los condenados. Este nuevo suceso incrementó la animadversión que sus compañeros de armas tenían hacia él por lo que consideraban casi una traición, él disparaba parapetado mientras que ellos se jugaban la vida a diario a pecho descubierto y, encima, iba de condescendiente con sus enemigos.

Había llegado a ser un problema, y su capitán temía que una bala perdida desde la retaguardia acabara con el pescador. El teniente nacionalista propuso a su superior que le permitieran trasladar a Antxon al batallón de gudaris que el Gobierno Vasco en ciernes estaba creando y que él, el teniente, reclutaba entre la milicia republicana; al capitán le dolió desprenderse de un tipo tan sencillo, eficaz

y transparente como Antxon, pero entendió que era necesario alejar al bando para mejorar la moral de la tropa, bastante minada ya por el inevitable retroceso hacia Irún ante el empuje de los requetés. Fue de esta manera como pasó, sin pretenderlo, de miliciano a gudari.

Los nacionalistas compartían información muy privilegiada con el Gobierno Republicano, según la cual la caída de San Sebastián y de la provincia era cuestión de días. Sabían que los fascistas avanzaban no solo por el Bidasoa, sino por Oyarzun, Tolosa y Beasain. La única esperanza para revertir la situación no dependía de la batalla en Guipúzcoa, sino de otras más decisivas y muy lejanas, especialmente la de Madrid. Todavía era posible que los rebeldes tuvieran que desviar todas sus fuerzas a aquellos frentes si no querían perder la guerra y relajaran la presión que ahogaba ya a San Sebastián.

Un alto personaje nacionalista mantuvo reuniones secretas en Bayona con el cónsul inglés y con un miembro del Ministerio de la Guerra francés para intentar la venta de armas pesadas que enviarían por mar a Vizcaya. Pretendían artillar con cañones una línea defensiva, teóricamente inexpugnable, que estaban construyendo alrededor de Bilbao: El Cinturón de Hierro.

Al mando del teniente Zubiri, un pelotón de cuatro soldados, entre ellos Antxon, esperaba, ya de noche, en el paso fronterizo con Francia. Estaban apostados en la parte española del puente de Santiago, discretamente a un lado y muy atentos. La frontera parecía cerrada pero la actividad era incesante, centenares de personas se apresuraban a pasar el puente, algunos llevaban un hatillo, otros maletas y hasta carros con muebles. Individuos solos y familias separadas,



la gran mayoría mujeres con varios niños, probablemente no todos suyos. Era una columna de gente que rezumaba dolor y tristeza, miseria y desolación. Llevaban el paso acelerado por el miedo, aunque corto por la debilidad, querían escapar de la muerte, pero no querían dejar su hogar.

Al otro lado, los gendarmes habían abierto las vallas que debían estar cerradas para evitar esa migración y acogían a sus vecinos con una solidaridad inusual. Solo repelían a los soldados desertores. De hecho, en el puente había uniformes tirados por el suelo, como única prueba de que algún militar se disfrazó de anciano o anciana entre la multitud, en el escaso trecho del puente.

A las espaldas del éxodo ardía Irún, la luz iluminaba las escenas dantescas y el calor del fuego aceleraba la desbandada. Se escuchaban disparos por doquier y el olor a madera vieja quemada no podía ocultar el hedor agrio de la sangre que viciaba el aire. Unos corrían despavoridos y desorientados, mientras que otros permanecían quietos esperando a no sabían qué, tal vez a familiares, tal vez a que pasara la pesadilla. Algunos, desorientados, sin fuerza ni moral, como muñecos de trapo eran arrastrados por una multitud y abandonados en otra esquina.

Lo distinguieron enseguida, era la única persona que cruzaba el puente en dirección a España. Llevaba una gabardina larga que le hacía más espigado, una boina oscura calada que sujetaba con su mano izquierda y una cartera de cuero agarrada con fuerza en la derecha. Sus ojos, aunque hundidos con cucharilla, eran vivaces y sonrientes, dando confianza. Tenía los pómulos muy prominentes debido a su delgadez y los labios eran una fina línea curvada, marcando una débil sonrisa a modo de saludo.

Irún era el último paso fronterizo, no la última ciudad; casi pegando, un poco más al Norte, estaba Fuenterrabía con el Cabo de Higuer, que separa Francia de España como un embudo. La ciudad estaba constreñida al Sur por el ardiente Irún, al Este por el río Bidasoa, al Oeste por el monte Jaizkibel y al Norte por el Mar Cantábrico.

Convinieron que el negociador no podía correr el riesgo de caer en manos de los rebeldes, y la carretera a Pasajes, San Sebastián, Vizcaya, hacia el Oeste, era un campo de minas por la amenaza de las peligrosas incursiones fascistas desde Oyarzun. Su mejor salida era el mar: un barco lo recogería en el refugio de Fuenterrabía al amanecer.

El pelotón de gudarís, Antxon entre ellos, con su teniente al frente, avanzaba protegiendo al personaje, era un tipo muy educado y amable, extremadamente discreto. Seguían el cauce del río por su orilla española bordeando la bahía, dejando atrás las luminosas llamas de Irún.

No eran los únicos que escapaban por ese camino; según avanzaban encontraron varias embarcaciones que recogían a los refugiados para cruzar el Bidasoa y trasladarlos a Francia, una y otra vez. El puente fronterizo estaba saturado y los gendarmes franceses no dejaban pasar a todos. Desde el malecón dos jóvenes en ropa interior se lanzaron al agua con la intención de cruzar la frontera atravesando el río a nado. No fueron los únicos, faltaba poco para que los tiradores franquistas se apostaran en la orilla española a la caza de los nadadores furtivos.

Habían caminado cerca de una hora cuando llegaron a Fuenterrabía. Un escalofrío recorrió la espalda de Antxon al pensar que su amada dormiría a tan solo doscientos metros por donde él pasaba

entonces cumpliendo una misión. Tuvo tentaciones de mandar todo aquel teatro incomprensible a la mierda, dejar el fusil en el suelo, desear suerte a sus compañeros de tan extraño viaje y volver a enredarse entre las piernas de Mentxu. Lo pensó, lo deseó tanto que se excitó. Sabía que esta vez sí lo fusilarían, además, tal vez la mujer ya había vuelto a su casa en Pasajes y, lo más importante, su visita podría comprometer a su amor que acabaría pagando su locura. Se contuvo y avanzó un poco más rápido hasta recuperar la distancia que, durante sus ensueños, había crecido y alejado del grupo.

No había amanecido cuando llegaron al refugio. Al fin, el teniente, a unos metros del discreto señor de la gabardina, desveló sus planes a sus compañeros:

—Un barco viene a recogernos, embarcaremos él y yo. Vosotros reincorporaros a una de las compañías que marchan hacia Vizcaya, allí nos haremos fuertes y, cuanto antes, intentad llegar al cuartel de Saturrarán, en Motrico, donde estamos organizando...

—No pudo terminar, unos disparos lejanos, desde el otro lado del puerto, silbaron a su alrededor.

El oficial arrastró al individuo escaleras abajo del embarcadero, al tiempo que un pesquero entraba raudo en el refugio hasta casi empotrarse junto a ellos. Los disparos arreciaron desde otros puntos, tal vez alguien les había delatado y los esperaban. Los dos pudieron saltar al barco, sin embargo a unos treinta metros, los cuatro soldados que les acompañaron no podían levantar la cabeza del suelo; tal era la descarga de proyectiles.

Temblaban de miedo, silbaban las balas, eran incapaces de moverse, besando los adoquines, pero el ruido del motor del barco sorprendió a Antxon.

—¡Hostias! Es el Izarra —gritó.

Torció un poco el cuello desde el suelo, justo para ver su popa roja escorar cuando viraba a Norte saliendo del puerto. Intuyó a lo lejos la figura de Krispín y no supo distinguir si era realidad o su fantasía previa a la muerte.

Oyeron cómo los rebeldes venían hacia ellos entre las sombras. Antxon rodó hacia el mar abandonando el fusil en el muelle y se dejó caer encima de las rocas cercanas. No sintió dolor. Reptando se introdujo por los estrechos huecos hacia abajo, hasta llegar al nivel del agua, después siguió en paralelo intentando alejarse; su experiencia de percebeiro le salvó. Los disparos rebotaban en las piedras, y el refugio que compartía con las ratas resultó inexpugnable.

Al rato escuchó una descarga cerrada y supo que habían fusilado a sus compañeros allí mismo. Temeroso de ser descubierto no se movió de su escondite durante todo el día. Estuvo quieto hasta que volvió a anochecer, lo estarían buscando. El miedo, el terror, le tenían inmovilizado.

En la oscuridad, sintió cómo la marea no subía más, permanecía escondido entre las rocas del puerto, rodeado de descarados cangrejos, incrustado él en las piedras como sus difíciles percebes. Sonrió con amargura acordándose de ellos.

Se asomó y entrevió un barco pesquero fondeado en medio del refugio. Como pescador sabía que para saltar a tierra desde la embarcación tenía que haber un txintxorro amarrado al puerto, miró por entre dos piedras, oteando alrededor en busca del bote. Como suponía lo vio a una veintena de metros más adelante, atado a un noray. Esperó un rato agudizando el oído por si hubiera vigilancia cerca. Cuando estuvo seguro, salió sigiloso, metiéndose

en el agua hasta la cintura y, pegado a las piedras, reptó entre ellas y el mar hasta llegar a la chalupa.

Estaba agotado y asustado, pero le impulsaba el instinto de supervivencia. Era imposible escapar andando, sería presa fácil y acabaría en la cuneta. Con gran esfuerzo subió a la pequeña embarcación por la popa; no había otra manera si no quería volcar. Como supuso, solo había un remo corto, esa lancha se utilizaba para que pasara una sola persona de los barcos fondeados a los muelles, cuando con una pala por atrás. Si hubiera tenido dos remos largos, toletes y estobos, habría intentado cruzar el Bidasoa y llegar a Francia, su única salvación. No tenía fuerza para hacerlo a nado, imposible.

Tumbado en el fondo de la pequeña embarcación, escondido boca arriba, miraba el cielo estrellado en busca de una respuesta que le sacara de allí. No podía amanecer de esta manera tan visible. Con la marea, el txintxorro viró despacio poniendo proa al monte y popa al país vecino. El cabo que le amarraba a tierra se tensó.

—Berriz itsasoak lagundunau!<sup>22</sup> —exclamó imprudente, incapaz de silenciar su descubrimiento.

La marea empezaba a bajar y a arrastrar todo lo que flotara. No tenía otra opción, soltó el cabo y, todavía tumbado, escondido, se dejó llevar a la deriva, poco a poco, y como un corcho flotante fue saliendo del puerto hasta limar sus muros al abandonar el refugio. Una vez fuera, de nuevo en la oscuridad, se puso de pie, colocó el remo en la popa y, con una energía que no sabía que le quedara, cío y cío cruzándose a la corriente hasta encallar en la orilla contraria. Estaba en Francia.

---

22 ¡Otra vez me ha salvado el mar!

